

PARÍS, 24 de Octubre de 1851.

Muy señor mío: Hoy me propongo dar á Ud. una idea cabal, ó tan cabal como me sea posible á lo menos, del estado de las cosas públicas en Francia á consecuencia de la nueva actitud tomada por el Presidente de la República en estos últimos tiempos. Por el camino áspero y difícil que éste acaba de emprender, lo mismo se va á parar á la gloria que á la pérdida, según el paso con que se ande, y la habilidad ó la energía que se despliegue en vencer los obstáculos, y en ladear los escollos. A la hora presente, ni la Francia ni la Europa saben lo que deben esperar ó lo que deben temer de la nueva política adoptada por el Presidente de la República; ó mejor dicho, la Francia y la Europa están en una profundísima ignorancia de lo que más les conviene, hasta el punto de poner sus temores en donde debían poner sus esperanzas, y sus esperanzas en donde debían poner sus temores.

Luego que se supo que la dimisión últimamente presentada por los Ministros había sido aceptada, y que la abrogación de la ley de 31 de Mayo había sido resuelta, se levantó aquí entre todos los hombres de orden un lúgubre clamoreo á manera de quejido, que, pasando los términos de la Francia, se ha difundido por Europa. Los Gobiernos alemanes muestran su sobresalto, y se aperciben como si estuvieran á punto de sobrevenir eventualidades funestas. El Gabinete inglés está como pasmado; y sin saber lo que le conviene, se muestra circunspecto y aguarda.

La verdad es que, así propios como extraños, los hombres de orden se muestran, en general, recelosos de que la política

del Presidente sea una política revolucionaria.—Peró mi intento al escribir á Ud., que no consiste sólo en exponer mis opiniones, sino en exponer también las ajenas, para que, pesando Ud. las unas y las otras, vea adónde se inclina el fiel de la balanza, me obliga á manifestarle los fundamentos de aquellas opiniones de los hombres de orden que son contrarias á las mías.

El partido del orden dice:—“El Presidente se pierde porque desecha nuestro apoyo sin contar con el de los republicanos; el Presidente pierde á la Francia porque vuelve á confiar sus destinos á las muchedumbres populares. La restricción del sufragio universal ha sido la gran conquista del orden: el sufragio sin restricción es una anarquía sin límites y una revolución permanente. La Francia entera va á caer en el abismo democrático.”—

Esto dice el *gran partido del orden*, que ni sabe lo que es el orden, ni es un partido, ni es grande; de todo lo cual pienso yo que ha de quedar Ud. persuadido si tiene la paciencia de leer hasta el fin esta carta.

Lo que se llama aquí el *gran partido del orden*, está compuesto de personas que aborrecen menos á sus adversarios que á sus hermanos y amigos; en varias ocasiones he hablado á Ud. largamente de sus rivalidades impías y de sus hondas divisiones. No volveré, por tanto, á tratar este asunto. Permítame Ud., sin embargo, observar que mal puede servir para extinguir las llamas democráticas un partido que arde en discordias y que todo él es incendios. Dejando, empero, á un lado lo que le divide, y hablando solamente de aquello que le reúne, diré que la Monarquía constitucional, más ó menos conservadora, más ó menos revolucionaria, es lo que este partido apetece: la Monarquía constitucional es para ese partido el orden, y no concibe el orden sino bajo la forma de ese género de Monarquía. Ahora bien: como la Monarquía constitucional, por confesión de todos sus partidarios, es imposible de todo punto en Francia en las circunstancias actuales, es

cosa clara que, por falta de la condición de su existencia, el orden es de todo punto imposible.

Esta consideración bastaría por sí sola para poner á un partido fuera de juego. Los partidos políticos contraen con su patria la estrechísima obligación de proponer remedios para sus males presentes, y el deber austero de demostrar, lo primero, que sus remedios son posibles, y lo segundo que, siendo posibles, son además aceptables. Bien sé que el partido del orden, en la ausencia de la Monarquía, llama orden á lo presente; pero lo presente será dentro de poco lo pasado, y lo futuro es de seguro la revolución si lo presente no se cambia. Tres millones de proletarios excluidos de las urnas electorales contra el espíritu y aun contra la letra de la Constitución, están juramentados para acudir en armas y en son de guerra á las urnas; ellos mismos lo dicen: el gran partido del orden no lo ignora: la Europa lo sabe. El mes de Mayo es mañana, y la sociedad francesa no tiene de vida sino hasta el mes de Mayo. Entretanto, mientras que la más estrecha unión bastaría apenas para que las fuerzas conservadoras de la sociedad francesa pudieran, no digo vencer en ese tremendo día, sino poner en balanza la victoria, todo es desunión y desconcierto y anarquía en *el gran partido del orden*: cada fracción, y las fracciones son mil, anda en busca de un candidato: quién encarece al príncipe Joinville; quién busca un refugio en la espada del general Changarnier; y quién, no encontrando otro mejor á mano, toma por su cuenta á La Rochajaquelein, que es el candidato ridículo, para servir como de escolta al candidato real y al candidato guerrero.

Si ha habido en el mundo, amigo mío, una situación que haga necesaria la dictadura, esa situación es la de la sociedad francesa en las circunstancias actuales. El Presidente lo ha comprendido así, y á lo que va y á lo que aspira es á esa dictadura salvadora. Las condiciones, empero, de la dictadura son, como Ud. conoce, diferentes de las condiciones de la Monarquía; el Rey recibe la autoridad de su padre, y el padre

del Dictador es el pueblo. Llamar revolucionario y anárquico á un Dictador porque busca su fuerza en las regiones populares es una cosa indigna hasta de tomarse en cuenta por extravagante y absurda. La autoridad pública, llámese dictadura, llámese Monarquía, recibe siempre de otro su fuerza: cuando ese otro no es un ascendiente, ese otro es todo el mundo. La revolución y la anarquía están en dividir con todo el mundo el poder, en conferir á todo el mundo el gobierno; no hay, empero, revolución ni anarquía en convidar á todo el mundo para que elija al que, una vez elegido, ha de mandar á todos. Yo tengo motivos para afirmar que esto último es lo que se propone el Presidente de la República.

Si es cosa fácil averiguar de parte de quién está la razón, no es igualmente fácil adivinar por quién quedará la victoria. Mi opinión particular en este punto es, como Ud. ya sabe, que el tiempo favorece las cosas de la Revolución y va cercenando las esperanzas del Presidente. Yo no me atreveré á decir si el tiempo del Presidente pasó ya, ó si todavía no ha pasado; en mi sentir, el Presidente ha cometido un grave error en no tomar el poder disolviendo por un golpe de Estado la Asamblea, y en no convocar al pueblo á las urnas electorales. En general, los pueblos rehusan el poder que se les pide y confirman el poder que se les toma. Lo que sé es que para la Francia no hay salvación sino en la dictadura; que en Francia no hay dictadura posible, y menos dictadura durable, si no viene del pueblo y si no se apoya en el pueblo; y por último, que todo poder, dictatorial ó real, que busque su punto de apoyo solamente en las clases acomodadas, es un poder perdido. Los límites naturales de una carta no me permiten entrar en esta ardua materia: me contentaré con decir que la última revolución ha sido una revolución hecha, y la última victoria una victoria ganada por las clases ignorantes contra las clases literatas, por las clases bajas contra las clases medias, por los hombres de acción contra los hombres de tribuna, por las clases que tienen necesidad de obedecer contra las que tienen la

comezón de mandar, por las clases rudas contra las clases dis-
cutidoras. El Gobierno de las clases vencidas es el constitu-
cional; el de las vencedoras ha sido, es y será perpetua-
mente una Monarquía civil ó una dictadura militar: jamás
los pueblos han obedecido gustosos sino á un Dictador ó á
un Rey absoluto. Ese me parece en definitiva el significado
de la revolución de Febrero; en eso es en lo que la revolu-
ción me parece incontrastable, invencible. Es posible que,
andando el tiempo, vuelva en Francia la Monarquía: lo que
me parece imposible, es que vuelva con las instituciones
constitucionales: lo que me parece imposible, es que vuel-
van á rehacerse las falanges dispersas de las clases acomoda-
das, en cuya preponderancia se funda el complicado y vasto
edificio de esas instituciones. La revolución de Febrero es á
las clases medias lo que la de 1789 fué á las clases aristocráti-
cas; y de la misma manera que la Restauración volvió sin una
verdadera clase de nobles, la Monarquía, si vuelve ahora, vol-
verá sin una clase media preponderante y gobernante. En esto
no hay nada de contradictorio, y, al revés, hay mucho de con-
forme á las evoluciones compasadas y progresivas de la his-
toria.

Lo que sucederá en Francia, ¿quién lo sabrá decir? Pero
yo puedo decir, y no es poco, lo que no ha de suceder, suceda
lo que suceda. La dictadura es posible, la anarquía es posible,
la guerra civil es posible: el Socialismo, el Comunismo, los
sistemas más extravagantes y absurdos pueden venir á manera
de inundación sobre la nación francesa: la Monarquía, an-
dando el tiempo, no es imposible tampoco; si otra cosa no, la
harían posible los desastres. Lo único que no es posible, es lo
que hasta ahora se ha llamado *Gobierno constitucional*; lo
único que no es posible, es la preponderancia pacífica y orga-
nizada de las clases medias. No hay revolución ninguna que no
haga imposible alguna cosa, y ésa es la cosa que la revolución
de Febrero ha hecho imposible. Cuando yo me pongo á consi-
derar que ésta es precisamente la ocasión escogida por el par-

tido legitimista para levantar hasta las nubes las instituciones
nacidas de la revolución hecha y de la victoria conseguida
por las clases medias en 1789, quedo como atónito en presen-
cia de ceguedad tan incurable. Ese desventurado partido, el
mejor entre los monárquicos, ha estado condenado siempre á
ignorar, con una invencible ignorancia, el significado de las
revoluciones y las grandes enseñanzas de la historia: en 1789
hicieron bancarrota las aristocracias, y entonces todo él era
aristocrático: en Febrero han hecho bancarrota las clases me-
dias con todas sus instituciones, y desde entonces ese partido
desventurado no hace otra cosa sino hacer señas de intelligen-
cia, requerir de amores á las instituciones de las clases me-
dias: si por acaso llega un día en que se vuelva democrático,
puede Ud. estar seguro de que al día siguiente hará bancarrota
la democracia, y de que, por una contraevolución de los tiem-
pos, volverán á aparecer los siglos feudales.

Para concluir por la crisis ministerial, diré á Ud. que, con-
siderada en sí misma, no significa nada, y que no tiene impor-
tancia ninguna: la importancia que se le da, es una reminis-
cencia, y nada más, del régimen parlamentario: en este siste-
ma son los Ministros un verdadero poder, que procede, á un
tiempo mismo, de la Corona y de los Cuerpos Colegisladores:
su encargo especial, y hasta cierto punto augusto, es evitar
las colisiones entre los grandes poderes políticos, siendo á
manera de mensajeros de paz entre todos ellos. En el sistema
republicano, el Ministerio es otra cosa. En Francia no hay,
por la Constitución, sino un solo Ministro, y ese Ministro es el
Presidente, responsable é irrevocable á un mismo tiempo. El
Presidente y la Asamblea son dos poderes independientes en-
tre sí, que no tienen necesidad de dirigirse, sino en ocasiones
muy raras, ni palabras de paz, ni palabras de guerra, ni pa-
labra ninguna. La elección de los Ministros que han de servir
al Presidente, Ministro único de la Francia, no pasa de ser,
hasta cierto punto, una cosa doméstica. La costumbre en que
los Ministros están de asistir á las discusiones de la Asamblea

y de tomar en ellas parte, es la prolongación de la costumbre constitucional, la cual no está en armonía con las nuevas instituciones. Esto sirve para explicar por qué no entra ya en ninguno de los Ministerios ningún orador famoso y ningún hombre de Estado. Todo eso es aquí historia antigua, y pertenece á las vejez parlamentarias.

Siendo éste el estado de las cosas, la prolongación de la crisis no produce alarma ninguna; una crisis ministerial aquí es lo que en España llamamos *un arreglo de oficina*: todo se reduce á que unos empleados salen, y otros empleados entran. Aquí sólo la crisis *presidencial* es una verdadera crisis *ministerial*, una crisis verdaderamente formidable.

Después de largas y de enojosas vicisitudes, la llamada crisis vuelve hoy al punto de donde partió; y según las noticias más dignas de fe, M. Billault, con el general Bourjoli y el general Saint-Arnaud, están á punto de constituir el Ministerio. El primero de los tres es un abogado verboso, con la conciencia que es propia en los de su oficio: la gran cuestión para él consiste en averiguar hacia qué lado se inclina la victoria; los dos últimos son dos militares valientes, que jamás han estado en los negocios: del general Bourjoli se asegura que tomará la cartera de Estado: si la toma, será para mirarla. Y éste es el estado de la crisis.

La verdadera, es decir, la formidable crisis, comenzará á principios de Noviembre. ¡Plegue al cielo que el Presidente no tenga que arrepentirse de no haber comenzado por el principio, es decir, por un golpe de Estado!

De Ud. afectísimo S. S. Q. B. S. M.,

JUAN DONOSO CORTÉS.

PARÍS, 10 de Noviembre de 1851.

Muy señor mío: La crisis á que la nación francesa está providencialmente condenada, va pasando con rápida sucesión por sus dolorosas fases. Convencido el Presidente de la República de que la idolencia absoluta era la absoluta perdición, determinó moverse; y su primer movimiento fué, desde un punto de vista, un acto de irresolución, y desde otro punto de vista, un acto de audacia: se mostró irresoluto en cuanto no se atrevió á impedir la reunión de la Asamblea por un golpe de Estado, y se mostró audaz en cuanto proclamó una política, no sólo distinta, sino, hasta cierto punto, contraria á la que, juntamente con la Asamblea Nacional, habia seguido hasta ahora. La Asamblea Nacional, recelosa y susceptible como todas las Asambleas, no vió sino lo que habia de audaz, dejando de ver lo que habia de prudente, en el mensaje, y respondió por la boca de M. Berryer con una proposición que, por cualquier aspecto que se la mire, es una cuestión revolucionaria: M. Berryer pedía dos cosas: la primera, que no se tratara del voto de urgencia pedido por el Ministerio en favor de su nueva Ley electoral; y la segunda, que la Cámara, formada en secciones, nombrara una Comisión que informara con urgencia sobre la situación del país, y propusiera, en vista de esta situación, lo que estimara conveniente. La Asamblea, siguiendo instintivamente el mismo camino que Luis Napoleón, ni quiso mostrarse audaz del todo, ni débil de todo punto: no atreviéndose á aprobar la proposición de M. Berryer, se atrevió, sin embargo, á rechazar la urgencia propuesta por el Ministerio en beneficio de su Ley. El acto del Presidente y el acto de la Asamblea sig-

nifican una misma cosa: que quisieran pelear; que reconocen la necesidad de dirimir por las armas sus contiendas; y que, no obstante todo esto, reconocen todos la necesidad en que están de mirarse en ello una vez y otra vez antes de venir á las manos.

Una vez puestos en movimiento los dos poderes, la naturaleza misma de las cosas exige que ambos pasen por una sucesión de marchas y contramarchas y de evoluciones estratégicas hasta que cada cual se retire á su campamento si los consejos de la prudencia prevalecen, ó hasta que vengan resueltamente á combate si prevalecen los consejos de la audacia. Tres de los Cuestores de la Asamblea, con pretexto de hacer practicable el artículo constitucional que la autoriza para señalar el número de tropas que estime conveniente para su defensa propia, hicieron una proposición que tiene por objeto y daría por resultado la confiscación absoluta, por parte de la Asamblea Nacional, de todo el poder ejecutivo que la Constitución ha puesto en manos del Presidente de República.

Cuando Luis Napoleón tuvo noticia de esta proposición, dícese que exclamó:—“Esa ya no es hostilidad; es la guerra, y será aceptada.”—La provocación, empero, era solemne y era pública, y la respuesta debía ser, como la provocación, pública y solemne. Aprovechándose de la ocasión de presentarse á él los Oficiales de los nuevos regimientos que vienen á guarnecer la capital, ayer mismo les dirigió el discurso que hoy insertan en sus columnas todos los periódicos, el cual es un paso dado hacia adelante en el camino escabroso de la discordia y de la guerra. Pero como en el estado que hoy tienen las cosas todo paso hacia adelante provoca un paso hacia atrás, y un acto de prudencia sigue á un acto de audacia, así la Asamblea como el Presidente comienzan á retroceder de sus últimas posiciones. El *Diario de los Debates*, órgano prudentísimo de los prudentes de la Asamblea, combate á las claras la proposición de los Cuestores, y los hombres políticos que se reúnen, bajo la presidencia del duque de Broglie, en la calle de las *Pirámides*,

han tomado la resolución de votar unánimemente contra la proposición mencionada. El Presidente, por su parte, cediendo á las instancias de sus Ministros, ha modificado la frase más escabrosa de su discurso, permitiendo que el epíteto *constitucional* acompañe á lo que en su discurso llamó á secas *su derecho*.

Este es hoy el estado respectivo de los poderes cuasi beligerantes. Por de pronto, las probabilidades están porque la prudencia logre todavía sobreponerse á la audacia, y porque se conjure la guerra, siendo desechada, ó grandemente modificada y atenuada, la proposición de los Cuestores. Si en vez de suceder así fuera aprobada la proposición en los mismos términos en que ha sido concebida, puedo asegurar á Ud., sin temor de ser desmentido por los hechos, que los dos poderes rivales vendrían sin más tardar á las manos, y que el ejército decidiría la victoria. Aun en la suposición de que los consejos de la prudencia sean los que prevalezcan por de pronto, no dude Ud. que al cabo y al fin la cuestión pendiente, y todas las cuestiones pendientes, se resolverán por las armas. Esta ha sido desde el principio, ésta es ahora, ésta será después, y ésta será siempre la única solución posible de las complicaciones francesas, desde el día infaustamente memorable en que la fuerza brutal salió vencedora del derecho. Creo oportuno hacer á Ud. esta observación, no sea que, viendo esta monótona sucesión de marchas y contramarchas, caiga en el grave error de creer que todo ha de seguir así perpetuamente, y que las soluciones definitivas han de venir por sí solas, mientras que los poderes públicos están marchando y contramarchando. La sociedad francesa, de algún tiempo á esta parte, ha venido muy á menos: sus glorias son pasadas, pasados sus lauros; su declinación es visible: pero no dude Ud. que, para desgarrarse á sí misma, aún le quedan fuerzas y rencores. No quiere decir esto que la explosión ha de venir mañana, no: cuando se trata de vivir ó de morir, los corazones más animosos se sienten desfallecer, y piden al tiempo que pare un punto su rueda y les

conceda un respiro: ese respiro, empero, por largo que sea, es siempre corto como quiera que el tiempo, ministro de Dios, sólo obedece á Dios y no detiene su rueda á la voz de las naciones.

Siendo para mí cosa evidente que todo se ha de resolver por la fuerza, averiguar qué género de fuerza ha de venir á resolverlo todo, es para mí la única cuestión importante. Considerada la cuestión desde este punto de vista, diré que en Francia no hay más que tres fuerzas que estén en el caso de resolverlo todo, y que aspiran á constituirse, para llenar su encargo providencial¹, en otras tantas dictaduras: estas tres fuerzas tienen por nombre el Presidente, la Asamblea y la Revolución. El Presidente aspira á convertir su fuerza en una dictadura consular ó imperial: la Asamblea procura convertir la suya en una dictadura militar: la Revolución sólo piensa en transformar la fuerza que le es propia en una dictadura revolucionaria. Mi opinión ha sido siempre, y es ahora, que el tiempo favorece á la última y va haciendo imposibles las primeras; y, por consiguiente, que la gran cuestión que se ventila no es en definitiva otra cosa sino una cuestión de tiempo. La dictadura consular ó imperial era entre todas la más fácil antes de reunirse la Asamblea, y no es sino posible desde que la Asamblea está reunida. La dictadura de un General del Parlamento es posible ahora, y era imposible antes. En el momento en que escribo, es todavía imposible de todo punto la dictadura revolucionaria: si las cosas, empero, siguieran mucho tiempo en este estado, sucederá necesariamente que las dictaduras imperial y militar comenzarán por hacerse difíciles para acabar por ser imposibles, y que la socialista comenzará por ser posible para acabar por ser necesaria.

De Ud. afectísimo S. S. Q. S. M. B.,

JUAN DONOSO CORTÉS.

¹ Diríase más correctamente "para servir, sin conocerlo, á los designios de la divina Providencia."—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

PARÍS, 24 Noviembre de 1851.

Muy señor mío: En mi anterior última procuré caracterizar la gran cuestión que aquí se ventila entre el poder ejecutivo y el poder parlamentario: en aquella carta vió Ud. el sistema estratégico de marchas y contramarchas adoptado por los partidos beligerantes, y de qué manera un paso hacia adelante provocaba otro hacia atrás indefectiblemente. Desde entonces acá, el mismo sistema estratégico se ha continuado por todos, si bien se viene á más andar el día de la decisiva batalla y de la decisiva victoria.

La gran discusión promovida por la proposición de los Cuestores es una de la más famosas en los anales parlamentarios de Francia: vióse allí á los combatientes combatir como rodeados de una espesísima niebla, sin que supiera ninguno quién era su adversario, ni dónde estaba su amigo: vióse guardar silencio y retirarse en sus tiendas á todos los adalides de la Tribuna, y combatir en confusión y por desordenados pelotones, sin sus jefes y sin sus banderas, á los simples soldados: vióse á un Ministerio mudo en medio de la discusión más apasionada y más grave: vióse á una parte de la Montaña decir que sí, y luego que no, y á otra decir que no, y luego que sí: vióse á todos los partidos olvidarse de todo punto de sus principios, y buscar como á tientas y en la obscuridad de la noche, dónde estaban sus intereses. Un cuarto de hora antes de cerrarse la discusión, todos creían que el resultado iba á ser la aprobación de la proposición de los Cuestores, y la acusación del ministro de la Guerra, el cual con imperturbable osadía declaró que había mandado rasgar en los cuarteles de los